



Palabras clave: Campera roja, Sol, Verde Lerma, Espinas, Garrapatas, Pasión = Eleonora + Arqueología. Una semblanza

Keywords: Red jacket, Sun, Lerma Green, Thorns, Ticks, Passion = Eleonora + Archaeology. A semblance

*Mabel Mamani**

En memoria de Eleonora Mulvany

Estos términos son insuficientes para darle cuerpo a los primeros recuerdos que me unen a Eleonora Mulvany, quien fuera egresada de la Universidad Nacional de La Plata con el título de Licenciada en Antropología y un post-título en Docencia Universitaria (La Plata, 1947 –Salta, 2018). Tengo que traer a cuento también a la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta de fines de los 80 y de los 90 (hace mucho tiempo), que funcionaba en ese entonces en el Edificio de la Facultad de Ciencias Económicas. Eleonora fue profesora: armó y organizó las materias Historia de América I, de la carrera de Historia; Métodos y Técnicas de la Investigación para Arqueología, de la carrera de Antropología; y además, dictó seminarios como Área Andina y NOA, Andes Centrales, Imagen y Poder en Mesoamérica, entre otros. La conocí cuando era estudiante, en la segunda parte de los 90, por eso en las siguientes prosas están presentes muchos compañeros, profesores, amigos y colegas, que son convocados con mucho cariño, también con profusa nostalgia, alimentada además por la posibilidad de recorrer sus notas de campo, fotos, apuntes, dibujos y lecturas que generosamente compartieron Fochi y Gonzalo, sus hijos.

En una caja de cartón colorida rotulada “Trabajo de Campo” hay álbumes y sobres pequeños que contienen fotos impresas, producidas probablemente con su cámara Pentax. Hay pocas de Eleonora en el campo, quizás porque los rollos y su impresión eran caros y primaba el registro de los contextos y hallazgos en terreno.

Esta foto (Figura 1) me gusta porque ella está feliz en el valle de Lerma. Me traslada a un viaje del que no participé. Sin embargo, en la imagen resalta una pieza clave, su campera roja. Decíamos que la usaba para que no la perdiéramos de vista en el monte vallisto y también servía para que la capturáramos rápidamente por el rabillo del ojo y

* Argentina. Lic. en Antropología. Docente de la Facultad de Humanidades y de la Facultad de Ciencias Económicas, Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de Salta. Miembro del Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Nacional de Salta y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. mabelmamani@hotmail.com

nos espabiláramos: reacomodar y colocar “derecha” la regleta en el mapeo, no “pisar” los hilos en la excavación, no apoyarse en el perfil. El color rojo, que pensábamos también se vinculaba a su debilidad por lo inca, fue demasiado llamativo cuando Eleonora y Silvia estaban prospectando en la zona de Potrero de Linares (al noreste del valle de Lerma), y los internados de la ex Colonia Lozano, apostados en el portón de ingreso las divisaron rápidamente, y salieron del letargo de una siesta dominical norteña. Este “encuentro” entre la locura y la arqueología, lo rememoraban ellas, mucho tiempo después, de una manera única.



Figura 1. De izquierda a derecha: Eleonora Mulvany, Silvia Soria, María López, Adriana Báez y la profesora Eulalia Figueroa, en Finca El Manantial del Socorro (La Silleta), primera mitad de los 90'. Material fotográfico de Eleonora Mulvany.

Los sitios que estudió Eleonora en el Valle de Lerma fueron varios y aunque hoy parece que son fácilmente accesibles, no lo eran tanto, y menos el trasladar estudiantes y colegas, los bártulos y comida para el trabajo en el campo. Ida y vuelta en el día, sábado y/o domingo. De esos viajes, tengo una imagen que perdura en mi retina. Estoy en el umbral de casa, una tarde de sábado luego de volver de Saladillo, al sur de Osma. Fue una jornada liderada por Eleonora, que incluyó prospección en unos sectores con vegetación cerrada, baja y espinosa. Como recuerda Ico (Federico para Eleonora), avanzábamos bajo un calor abrasador, con el machete que no daba abasto, y mayormente agachados, acomodándonos a los “abiertos” que dejaban las vacas. Salimos despeinados, con la ropa más maltratada que de costumbre, destruidos. Volviendo al momento de la puerta de casa, recuerdo primero deshacerme de los “piques” y las espinas, luego sacarme la camisa de

manga larga para refrescarme, y ver los “arañazos” y raspaduras en los brazos, con restos de sangre algo reseca. ¡El equipo de prospección tendría que incluir el “guardamonte” que usan los baqueanos de la zona! Eso era masoquismo puro, pero igual seguimos a Eleonora por otros lugares de Lerma.

Esta imagen (Figura 2) también fue rescatada de la caja de fotos de “campo”. Es toda una performance en Arteaga, en la Reserva Finca Las Costas, al sur de San Lorenzo. Eleonora estaba realizando un relevamiento con brújula taquimétrica en un sector de andenes muy deteriorados. Cada uno está en un nivel diferente y con los brazos extendidos señalamos la dirección de los muros de contención. Somos meras escalas humanas, y una especie de “sacha” 3D, un intento de perspectiva y profundidad, cuando no existían los drones y la fotogrametría digital.



Figura 2. Aprendiendo a volar. Los dos de la izquierda: Federico Viveros y Eleonora, y a la derecha: yo y “Tony” Mercado más abajo. Arteaga, Finca Las Costas, circa 2000. Material fotográfico de Eleonora Mulvany.

Las clases de Eleonora me maravillaban por las imágenes del mundo prehispánico que nos mostraba por medio de filminas y libros. Hay una caja llena de ellas con reproducciones de uncus tejidos, vasijas cerámicas, objetos en metal. En algunos de sus trabajos repobló de plantas, flores, tinturas y colores el pasado andino. También nos hablaba de los vínculos entre las cosas y sus nominaciones en quechua y aymara. Para calibrar la marca de toda esta imaginería y sonidos hay que recordar que estábamos en una época sin o casi nulo acceso a internet y que a la mayoría nos acompañaba una modesta bibliografía disponible en la biblioteca de la Universidad.

A la distancia resalto, y esto más bien me fue susurrado por Mariana, otro de sus “dones” particulares. El observar, reconocer, proyectar y darle una vuelta de rosca a los intereses que cada uno traía. Con Ico y Tony, que se potenciaban en el campo, ella descansaba en la capacidad y la energía increíble de ambos para ubicarse y localizar evidencias tenues del pasado que el valle de Lerma brinda. Con Dani, el arte y la historia se conjugaron en el relevamiento de puertas antiguas de Salta, o con Verónica, el estudio del crecimiento de las calabazas al sur del valle Calchaquí, la experimentación y replicación de técnicas de pirograbado. Son de una belleza única las creaciones que Vero hace en Animaná, inspiradas en contenedores prehispánicos de los Andes.

Entonces entendí con qué me enganché: con las colecciones y los museos. La primera vez que pude “tocar” fragmentos cerámicos fue en el laboratorio del Museo de Ciencias Naturales, donde Eleonora estaba revisando algunos materiales de lo que ahora se conoce como Colección Serrano, conformada entre las décadas de los 50 y 70, y resguardada actualmente en el Gabinete de Arqueología de la UNSa. En esa misma jornada, ella también estaba reduciendo la escala de unos dibujos que había realizado de unas urnas santamarianas del sur del valle de Lerma (Figura 3b). La mayoría de estas piezas pertenecían a la colección Peyret, que fue donada hacia principios de los 90 al Museo de Antropología de Salta. En la caja de fotos, además, hay un conjunto de reproducciones de aquellas vasijas que registró en la primera mitad de los 80 (Figura 3a). En los últimos tiempos, luego de su accidente que la dejó postrada por largos meses, sino años, retomó su análisis.



Figura 3. a) Urna santamariana de Saladillo (Departamento La Viña) de la Colección Peyret. El número 026 fue el número asignado por Eleonora en su registro, que realizó entre 1983 y 1985. **b)** Dibujo del reverso de la misma vasija de su autoría.

En otra caja de cartón marrón están los croquis, borradores, e impresiones previas del plano de Chivilme, un asentamiento inca que Eleonora relevó y estudió, en una primera etapa en los 80 y principios de los 90. Participaron de esos trabajos, los geólogos Marcelo Brandán y Roger Soler, docentes de la cátedra de Carteo Geológico, de la Facultad de Ciencias Naturales, de la Universidad Nacional de Salta, así como estudiantes de las carreras de Antropología, Historia y Geología, junto con la inestimable colaboración de su familia. En la segunda parte de los 90, conocí una de las áreas, la occidental, cuando ella y Silvia Soria realizaron un relevamiento del impacto producido por una excavación no autorizada que afectó un conjunto de estructuras arqueológicas. Casi diez años después, en el 2006, volvió con el Arquitecto Roque Gómez para revisar desde una perspectiva integral la evolución de la conservación de estos muros. Sin lugar a dudas, Eleonora tenía y sentía una conexión especial con Chivilme, y estoy segura que sus ojos, sus manos, sus pasos todavía resuenan por allí, como los recuerdos sobre los papeles.

Agradecimiento

Quiero agradecer a Daniel Molas Aparicio, Mariana Ilarri y Federico Viveros, por recordar viejos tiempos que nos unen con Eleonora. A Adriana Báez y Silvia Soria, quienes compartieron datos e información sobre el viaje a Finca El Manantial. A “Fochi” Alejandra y Gonzalo Peñaloza por confiar, y sobre todo a Fochi que siempre está atenta a mis preguntas. A Rossana Ledesma y Federico Restifo, editores de este Dossier sobre Arqueología de Salta, por invitarme a dedicarle unas palabras.

Mabel Mamani

Salta, junio de 2020